recia miss Edith á sus compatriotas, que divertian á todo el mundo con sus excentricidades y que la madre era una señora digna de gran aprecio. En cuanto al señor Dickson, le aseguraban que tan luego como se le llegara á ver, nadie podria dejar de admirar su basta inteligencia, su sorprendente actividad en los negocios y su generosidad.

Ocho dias despues debia de verificarse en la misma sala de Alberto el Grande otra venta á beneficio de las viudas de marineros.

La baronesa de Vauchelles formaba parte de aquella sociedad, lo mismo que de la de de los huérfanos de Bretáña y de otras muchas, útiles sobre todo para los que forman parte de ellas, porque les permiten manifestarse, hacer ruido y obligar á los periódicos á elogiarles y á hacer públicos sus nombres.

La presidenta de la sociedad de socorro para las viudas de los marineros, pensó que miss Dickson sería un gran atractivo para esa juventud dorada, que á cambio de su dinero gusta de ver bonitas vendedoras; y la baronesa de Vauchelles fué la encargada de pedir á mistress Dickson la autorizacion para que su hija ocupase una de las tiendas de la sala de Alberto el Grande.

Baradoux, consultado sobre la conveniencia de aceptar aquella invitacion, respondió

que sí resueltamente, pero se dijo para sí mismo:

—¡Los parisienses serán siempre lo que mismo!

Viva México

II.

MISTERIOS DE LA VIDA.

¡Aparecer como vendedora en una fiesta de caridad, ofrecer sonrisas y flores en la tienda que la habian asignado, hacer ostentacion de su persona delante de los elegantes jóvenes que de contínuo la perseguian con sus miradas, rivalizar en hermosura y en lujo con todas aquellas damas que celebran á cada instante los periódicos!.....Edith estaba fuera de sí de gozo, y de buena gana hubiera abrazado al señor Boradoux para darle las gracias por sus acertados consejos.

Grandes eran los preparativos en el hotel; se celebraban largas conferencias con la modista; se hacian estudios delante de los espejos para aprender á presentarse convenientemente en el mostrador, y sonreirse de un mo-

do especial para excitar á los compradores sin merecer censura alguna.

Despues hubo que hacer una visita á la baronesa de Vauchelles, es decir, una primera entrada en aquel gran mundo, que las americanas ardian en deseos de conocer y de brillar en él.

Los dias que faltaban para la fiesta los pasó como en un sueño, y cuando en su tiendecita, se vió Edith coquetamente engalanada, con un traje Luis XV de color rosa pálido, con florecitas azules, y rodeada por un enjambre de jóvenes que se disputaban las flores que vendian, arrojando montones ne oro para ver su sonrisa, la jóven se enorgulleció y creyó haber conquistado todo Paris.

El éxito que tuvo fué prodigioso; vendió rosas por valor de tres mil francos, y como su madre le habia dado quinientos, entregó con orgullo en la caja de la sociedad tres mil quinientos, suma tres ó cuatro veces mayor que ninguna de las que habian presentado sus competidoras.

Por la noche en presencia de Saturnino Baradoux, Edith contó hasta los menores incidentes de aquel dia, que mistress Dickson habia presenciado y saboreado con gran contentamiento desde uno de los rincones de la sala de venta. El banquero se sonrió con malicia, diciendo:

—Ya está hecho. Podeis escribir al señor Dickson que os habeis apoderado del Paris elegante, advirtiéndole además que ya no se trata de otra cosa que de dirigir bien las maniobras.

Y se retiró, repitiendo su frase favorita:

—¡Oh, estos parisienses serán siempre lo mismo! Un francés ha de hacer lo más inverosímil del mundo para atraérselos y nunca llegaria á conseguirlo; pero en cambio un extranjero se presenta, no se prodiga demasiado, gasta no mucho, si bien con habilidad, y hete aquí que se dejan seducir mansamente. Mi comision está ya medio ganada.

Despues de aquella venta de caridad, la estacion de los baños de mar sirvió admirablemente en sus propósitos á las dos americanas.

Baradoux las mandó á Trouville, en donde halláronse con la princesa de Zerán, la baronesa de Vauchelles y otras muchas elegantes que estaban deseando admitirlas en su intimidad. Sentaron tan bien los piés en aquellos salones, que á su vuelta á Paris formaban definitivamente parte de ese mundo que se divierte, que mete ruido, de esa sociedad, en fin, cuyas menores acciones ocupan á todo Paris.

Edith habia inspirado muchas pasiones. Habia desafiado en Trouville á los más audaces nadadores, así como á los más infatigables bailarines, y se mostraba siempre escoltada

por un pequeño batallon de adoradores, tratando á todos con mucha sutileza, sin conceder á uno más confianza que á otro. Podian acusarla de coquetería, pero no de ligereza.

Algunos se habian arriesgado á pedir la mano de la hermosa americana; pero todos habian sido rechazados con mucha finura por la madre, conservando, sin embargo, su amistad, despues de los informes tomados por Baradoux.

Cuando un jóven confesaba, manifestando grande amor, á mistress Dickson que los encantos de Edith le habian seducido, aquella pedia algunos dias de reflexion y sometia el asunto al parecer del banquero.

Este respondia invariablemente:

—Ese vizconde..... este marqués..... ó aquel jóven príncipe..... son, señora, personas que viven trampeando y que no ven en vuestra hija más que la gran fortuna que creen teneis y que despilfarrarian tan alegremente como lo han hecho con la suya. Me parece que esto no es lo que desea el señor Dickson; sin embargo, no los rechaceis demasiado bruscamente, porque su discreto cortejo excitará la envidia de los que piensan con seriedad en casarse. Miss Edith los maneja con mucha maestría y sin comprometerse.

Así es que cada uno de los que eliminaban, en vez de ser enemigos de la jóven neoyorquina, aumentaba al contrario, sus guardias de honor, como los llamaba ella, y daba un precio extraordinario á su mano que negaba con tanta tranquilidad.

No se puede comprender el efecto que produce una frase como esta:

"¡Ha rehusado casarse con un marqués, con un duque, con un príncipe!"

Edith aceptaba todos los homenajes con la conciencia de que los merecia por su hermosura, por su gracia y por su talento; pero su madre no abrigaba la misma conviccion; le parecia que todo lo que sucedia era un delicioso sueño y que el menor incidente podia desvirtuar para siempre la felicidad de su existencia.

Cuando, por casualidad, se dejaba ella tambien llevar del orgullo, su ilusion duraba poco, pues la primera carta que recibia de su marido bastaba para desvanecer el encanto, y entonces murmuraba:

—¡Dios mio, si supieran quiénes somos!

Y pensaba en su verdadera historia, que tiempo es ya demos á conocer en todos sus detalles, á fin de mostrar la razon que asistia á Saturnino Baradoux para burlarse de la facilidad con que los parisienses habian acogido á las extranjeras.

Cuando mistress Dickson se encontraba en un salon en medio de una elegante sociedad

y veia á su hija rodeada de sus guardias de corps como una reina, su pensamiento se volvia veinte años atrás y se fijaba en una pequeña posada establecida entonces en el Connecticut, posada aislada, poco concurrida, y delante de cuya puerta estaba siempre una criada jóven y gallarda esperando á los viajeros.

Aquella sirvienta era ella, la bella mistress Dickson, á quien los salones parisienses se disputaban hoy, y la pequeña posada del Connecticut era la casa en donde habia pasado su vida desde la edad de quince años.

En aquella época se llamaba Margaret, Margaret y nada más, puesto que no conocia á sus padres.

No pensaba entonces ni en las hermosas casas de la avenida del Bosque de Boulogne, ni en los bonitos coches, ni en la Opera, ni en las ventas de caridad, pues hasta ignoraba que tales cosas existiesen. No pensaba más que en su trabajo y en cuidar bien á los viajeros para que no olvidasen darla propina.

Un dia en que la posada estaba sin gente y en que á ningun huésped se esperaba ya, el posadero y su mujer se fueron á la ciudad para renovar sus provisiones, Margaret se quedó sola.

Cuando llegó la noche y se estaba disponiendo cerrar la puerta, tres hombres se presentaron y pidieron de comer. Habian llega-

do en un cochecito, que uno de ellos colocó debajo de un techado, mientras que Margaret alcanzaba un haz de eno para el caballo.

Despues sirvió un jarro de cerveza á los recien llegados y empezó á prepararles la comida.

Por la puerta entreabierta de la cocina podia mirarlos, ó más bien examinar á uno de ellos, que era jóven, de faz hermosa y de aspecto enérgico.

Los otros dos se aproximaban á los cuarenta años, y Margaret los clasificó pronto en la categoría de vendedores ambulantes, única clientela de la posada.

Cuando pasó al comedor, en donde estaban sentados al lado de la mesa, vió una caja bastante grande, dividida en numerosos cajoncitos, cajas de que se sirven los plateros nómadas de todos los países del mundo, y que los dos hombres de más edad habian colocado entre ellos. El jóven, sentado enfrente, hacia algunas cuentas, mientras que los demás bebian.

Aquel jóven habia hecho una impresion tal en Margaret, que no podia apartar de él los ojos. Muy á menudo veia en la posada viajeros que con su varonil hermosura la seducian; pero reducíase todo á servirlos mejor que á los demás, á ganarse una buena propina y una caricia en la mejilla; esto constituia su alegría en medio de la uniformidad de su vi-

da de trabajo. Nunca la influencia de hombre alguno habia sido en ella tan fuerte; sentia que aquel jóven no estuviera solo para prepararle una comida más fina, una botella de viejo pale ale y exquisitos cigarros, que conservaba para las buenas ocasiones.

La conversacion que los tres hombres sostenian, le hizo comprender que los dos más ancianos estaban asociados y que el jóven les habia procurado algunos negocios, por lo que iba á cobrar una comision, cuya suma estaba haciendo en aquel momento.

—¡Muchacha! dijo uno de ellos.—¿Y la comida?

—Tened un poco de paciencia, señores; habeis llegado muy tarde, respondió Margaret sin turbarse.

—Pues mientras la estás preparando, danos una habitacion con dos camas y tomaremos pasesion de ella.

La criada los condujo al primer piso y los dos socios llevaron consigo la caja de las alhajas.

El jóven se habia quedado solo en el piso bajo.

Cuando Margaret volvió á bajar, fijó en él una tierna mirada; él tambien la miró y dijo:

—¡Hermosa muchacha!

Ella desapareció, ruborizándose, por la puerta de la cocina y se colocó delante de las hornillas vigilando la comida, meneando las salsas y pensando en el hermoso viajero que allí estaba. De repente le sintió á su lado y volviendo la cabeza, recibió un beso en la mejilla.

—¡Vaya una audacia! exclamó.

Pero en seguida, sintiéndose lisonjeada, repuso:

—¡Tened cuidado! Si los demás bajasen...

—¡Bah! replicó el jóven, lo ménos les hace falta una hora para instalarse, ¡tienen tanto miedo de que los roben!..... ¿Cómo te llamas, hermosa niña?

—Margaret. ¿Y vos?

—¿Yo? ¡Yo no tengo nombre para tí; soy un transeunte y nada más; pero puedo dejarte un bonito recuerdo de mi paso por aquí!

—Pronto empezáis las galanterías, señor mio.

—No se trata de eso, graciosa.

La fisonomía del viajero habia perdido su gentil expresion; su mirada se habia hecho dura y sus lábios se contraían.

—Hablemos bajo, pronto y bien, dijo:

—¿Qué queréis?

Dominaba él á la muchacha con la mirada, ejerciendo el poder del ser fuerte sobre el débil y ella sentía en su alma que si la daba una órden, la ejecutaría sin discutirla.

—Creo que vamos á entendernos princesa,

contestó el viajero.—¿Cuánto ganas aquí al año?

—Cien pesos, caballero.

—Es muy poco para una muchacha tan linda.

—Tengo tambien muy buenas propinas.

—¿Y á cuánto ascienden éstas, querida?

—Un año con otro á cincuenta pesos.

—De modo que son ciento cincuenta al año; ¿te avienes á ganar doscientos en una noche?

El ofrecimiento pareció tan bello á Margaret, que preguntó ingénuamente:

—¿Supongo que no me propondreis un robo?

Su imaginacion estaba imbuida con esa multitud de historias de ladrones que tienen por teatro las posadas.

—¡Robar! exclamó el viajero con soberano desprecio.—¡Robar! ¿Para qué?

Y se echó á reir.

—¡Ah, ah! hermosa mia, porque acompaño á esos plateros ¿has creido?.....

La jóven confesó que sí con una señal de cabeza y la risa del viajero redobló.

—Es mucho más sencillo, querida. ¿Estamos solos aquí, no es verdad?

—Si, señor.

—¿Cuando vuelven los amos?

—Mañana.

—¿Tu virtud es acaso muy grande?

—¡Oh!.....exclamó Margaret.

E hizo un movimiento para alejarse.

—¡Vaya, vaya! no os enfademos, hermosa. Nada grave se os mandará. ¿Hay buen *whiskey* en la cueva?

—Ya lo creo, como que tiene veinte años.

—Nos servirás una botella despues de comer. ¡Ah! que la comida tenga muchas especias.

—¿Y despues, señor?

—No seas mala Margaret, así me gustas más y ten presente que doscientos duros son buenos de tomar. Aquí tienes la mitad..... te entregaré lo restante ántes de la media noche.

—¡Ah! ¡qué tentacion! murmuró ella.

El la entregó el dinero, y Margaret se lo embolsó con presteza.

—¿Qué tendré que hacer? preguntó con tono sumiso.

Despues que bebamos algunas copas de *wihskey*, vendrás á dar vueltas por la sala. Los dos plateros son bastante atrevidos, tienen la manía de bromear con las muchachas de todas las posadas; pero te aseguro que no pasan de ahí.....

—No es á ellos á quien permitiria yo que se desmandasen, dijo Margaret lanzando una tierna mirada á su interlocutor.

—Ni yo tampoco, graciosa, replicó el jóven dándole un beso en la frente.

Desde aquel momento Margaret quedó sometida; el misterioso viajero no tenia más que mandarla, que de seguro obedeceria.

—Permitirás, pues, que te galanteen, continuó diciendo, y hasta los provocarás, si es preciso..... pero creo que no tendrás necesidad de apelar á ese recurso; despues, cuando se les vaya trastornando algo la cabeza, y veas las cartas sobre la mesa.....

—¿Me marcharé?

—¡Marcharte, Margaret! ¡Marcharte en el momento en que tanto necesitaré de tus hermosos ojos!..... Estos hombres son muy jugadores, y me han ganado grandes cantidades; es nuestra única distraccion, y en verdad que no es justo que unos ricachones como ellos se lleven el dinero de un pobre diablo como yo, tanto más, cuanto que deben de entenderse para despojarme.....

—¿Lo creeis así?

—Cierto estoy de ello.

—¿Y quereis tomar vuestra revancha?

—¿Hago mal acaso?

Margaret se sonrió con malicia. ¡Tantas cosas habia visto sirviendo en las posadas!

—Mas yo no puedo jugar, dijo.

—Claro es que nó; pero como aquellos viejos querrán que estés á su lado, te será fácil

mirar sus cartas, y moviendo la mano izquierda, me dirás si tienen oros y copas, y moviendo la derecha si son dueños de espadas y bastos.....

Margaret se estremeció, exclamando:

—¡Oh, señor!

—¡Si gano, te entregaré hasta doscientos cincuenta dollars, Margaret!

—Si es oro ó copas, pondrás tu mano encima del hombro; si es espada ó basto, la mano debajo del brazo. Para el rey cerrarás el ojo izquierdo, para el caballo el derecho, para la sota ambos ojos fijos, para el as los dos ojos cerrados; para el diez la boca abierta, y para las demás cerrada.....

A medida que iba hablando, hacia los gestos que indicaba, y despues de un momento de incertidumbre, Margaret le imitó.

Varias veces le hizo repetir su leccion.

Margaret se ruborizaba, comprendiendo que iba á obrar mal; pero cincuenta guineas son una bonita suma, y el tentador bastante hermoso.

¡Oh! ¡aquella partida de juego! Margaret la veia muchas veces en sueños en el apogeo de su fortuna, se acordaba tambien de ella cuando en un salon los elegantes la trataban con gran amabilidad. Se representaba en su mente á aquellos viejos comerciantes, á la vez excitados por el juego y entorpecidos por el

aguardiente; les veia que no siendo ya dueños de su razon y rodeándola con un brazo por la cintura, tan pronto el uno como el otro echándole flores, jugaban tontamente dejándose despojar, y sacando de sus carteras sin escrúpulo ni disgusto los billetes de banco que pasaban á poder del jóven, embolsándoselos éste con asombrosa tranquilidad de conciencia. Margaret, ébria de codicia por la vista de tanto dinero, no tenia ya remordimientos, y su admiracion por el jóven crecia en tantos grados, en cuanto aumentaba la ganancia.

Desde aquel dia la existencia de Margaret fué una continua série de estafas; pero ninguna de sus depredaciones le dejó la impresion tan indeleble como la que acabamos de referir.

Toda la noche la pasó temblando. Su seductor le habia entregado lo que la ofreciera, y los compañeros de éste se acostaron sin quejarse mucho de su mala suerte, pues ya sabian por experiencia que si les habia sido adversa aquella noche, no tardaría mucho en serles próspera; pero Margaret estaba temiendo que la casualidad hiciera descubrir su villano proceder.

La halagaba el oro, por él se hacia criminal; más no estaba aún corrompida, y á su cara daba color extraordinario la sangre que

sube al rostro con rapidez y fuerza, cuando el alma está avergonzada.

Al dia siguiente los tres viajeros se marcharon como si nada anormal hubiese ocurrido; Margaret oyó solamente á uno de los viajeros, decir al jóven:

—¡Mala peste! ¡Dickson, qué suerte tan decidida habeis tenido!

—Ya sabeis que estoy dispuesto á daros la revancha, respondió tranquilamente Dickson y aprovechando el momento en que sus compañeros acondicionaban en el coche la caja de alhajas, se fué á dar un abrazo á Margaret.

—¿Estás contenta? le preguntó.

—Lo estaria mas aún si me sacaras de aquí, respondió con franqueza.

—¿Nadie te corteja, pues, por estos sitios?

—Nadie absolutamente; y por mala que sea la opinion que podais haber formado de mí, os aseguro, es más, os juro que, excepcion hecha de vos, ningun hombre ha recibido un beso de mi boca.

Dickson la estuvo contemplando durante algunos instantes con una mirada escudriñadora.

—Ya verémos, dijo.

Y se marchó.

Pero dos dias despues, volvió.

Aquel jóven aventurero que con tanta limpieza verificaba sus estafas, que despreciaba

los crímenes brutales juzgándolos inútiles, habia reflexionado sériamente. La hermosura de Margaret habia llamado poderosamente su atencion y adivinando la elegancia y la gracia ocultas debajo de aquellos vestidos de pobre sirvienta de posada, volvia, no con el ánimo de buscar una amante, sino una auxiliar para sus dolosos manejos.

—Con la ayuda de una mujer, se decia, no hay que abrigar tanto temor como cuando se trabaja con hombres extraños, pues con ella estaré ligado por el mismo interés.

Se llevó, pues, á Margaret, é instalándose durante algun tiempo en New York, la hizo educar como á una señora, y cuando la conoció á fondo y la halló inteligente y capaz de ayudarle en sus combinaciones, se casó con ella.

Desde entonces empezó para este matrimonio la existencia más brillante que puedan soñar dos ambiciosos salidos de la nada.

El juego es el mismo en todos los paises y las casas en que se juega se parecen unas á otras, ya estén en New York ó en Paris. Mientras el mundo sea mundo existirán en las grandes capitales salones abiertos para todo el que llega, en los que se hallan muebles confortables, lindas mujeres, en donde se baila, se pasa el rato, no encontrando allí virtudes demasiado rebeldes; pero hay que pagar

el escate perdiendo en el juego. En aquellos salones, las mesas se levantan como por encanto en medio del baile ó despues de una cena; el incauto cree encontrarse en una casa cuyos dueños son demasiado amables, pero honrados; no sabiendo el infeliz que se halla en un garito á donde le han llevado mujeres ó amigos interesados, para robarle sin que pueda quejarse.

Los esposos Dickson eran amos de una de estas malhadadas casas. Habian economizado sus primeras ganancias, recogidas en pequeñas porciones por todas partes; en las salas de juego instaladas en los casinos de las villas en donde hay agua termales, ó en los baños de mar, y cuando tuvieron lo suficiente se establecieron con lujo en una magnífica habitacion con muchos criados; dieron bailes, y así vaciaban con suma destreza el bolsillo de sus canvidados.

Inútil nos parece decir que la alta sociedad de New York no tenia para ellos más que desprecio; pero los jóvenes que encuentran difícilmente diversiones en aquella inmensa capital, en donde escasean los sitios de placer, conocian todos los salones de la señora Dickson, salones, es verdad, en los que se perdia bastante dinero; pero en los que tambien lindas aventureras ofrecian las más encantadoras compensaciones.

Durante aquella vergonzosa vida, los Dickson tuvieron una hija; ésta fué educada con el mayor cuida en uno de los más rígidos conventos de América, y era el constante objeto de las preocupaciones de ambos esposos.

Edith ignoraba, naturalmente, el modo de que su padre se habia valido para adquirir su fortuna, creyéndole como le decia él con imperturbable calma, interesado en importantes negocios. Nunca habia entrado en los salones en donde se amontonaba rápidamente su dote, pues no dejaba el convento más que para viajar con sus padres ó para ir á los baños de mar, y apenas conocia su casa.

Cuando terminó su educacion, su padre le anunció que su madre iba á llevarla á Francia, y que él mismo iria á reunirse con ellas en cuanto liquidase sus negocios. La verdad era que necesitaba un año más de *trabajo* para llegar á la cifra de fortuna que se habia propuesto.

Miss Edith partió, pues, acompañada de su madre, la estimable Margaret, para conquistar á los parisienses.

El señor y la señora Dickson querian cubrir su deshonrosa vida con uno de esos magníficos enlaces matrimoniales que hacen furor en América.

La manía de los títulos no pertenece sólo á Europa, pues los americanas sufren estas pe-

queñas debilidades lo mismo que los europeos. Los comerciantes enriquecidos de la libre América, no sueñan para casar á sus herederas, sino con príncipes, duques ó marqueses, pensando de ese modo ennoblecer sus millones.

Era, pues, un marido con título lo que miss Edith iba á buscar á Paris para satisfacer la ambicion de sus padres.

"Seré muy desprendido para dotar á mi hija, escribió Dickson á Baradoux, pero quiero por lo ménos que mi yerno sea marqués, y á ser posible, que tenga un nombre histórico."

II

MISTER DICKSON.

¡Un nombre histórico!

Sin embargo, Mr. Dickson enia tgrandes probabilidades de que sus proyectos tuvieran éxito, porque los habia confiado al señor Baradoux, y el banquero de la Bohemia dorada, cumplia perfectamente su mision.